

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE UN ESTUDIO DE CASO: PUERTAS NEGRAS, 1965-1980

MARÍA LORETO URBINA MONTAÑA*

DESDE UN PUNTO DE VISTA METODOLÓGICO, las historias locales nos han entregado las herramientas necesarias para abordar el estudio de los sujetos populares al interior de su espacio cotidiano. Entre ellos, el *poblador* ha sido uno de los componentes abordados en los estudios efectuados sobre el desarrollo de los sectores populares urbanos durante el presente siglo.

A la luz de la reconstrucción histórica facilitada por el testimonio oral, se ha logrado penetrar al interior de su memoria colectiva, donde se aprecian de mejor manera los rasgos componentes de su identidad y discurso, ambos elementos directrices de su acción dentro del microespacio que diseñaron como su hogar.

El objetivo del presente trabajo, es entregar algunos elementos destacables, que surgieron durante el transcurso del trabajo efectuado en la población Puertas Negras, como parte del proceso de titulación que está realizando la autora, para generar un debate sobre este interesante componente del movimiento popular chileno. Por tanto, se encuentra enmarcado en el desarrollo del conflicto descrito por algunos autores entre los actores o constructores de este microespacio y el Estado, latente en la sociedad urbana que hasta la aparición de este sujeto histórico no había entregado los elementos necesarios para facilitar el asentamiento definitivo de quienes no eran considerados dentro de las habituales ofertas del mercado de la vivienda.

POBLADOR: ESPACIO Y VIVIENDA

Enmarcado en el proceso de urbanización, la irrupción de algunos componentes del movimiento social chileno durante las pasadas décadas, trae consigo la aparición en el escenario político-social nacional del *poblador*, heredero de la tradición del callampero, allegado, conventillero (Espinoza, 1994).

Su principal acción se orienta al interior de la problemática espacial, entendida ésta como parte del proceso de apropiación urbana por los sectores marginados del mercado de la vivienda a lo largo de Latinoamérica. (Gómez, 1994). Por tanto, la aparición de este actor social heterogéneo obedece a la necesidad de generar para sí un microespacio propio y personal, colectivo y cotidiano, que le permita articularse como sujeto una vez que se encuentre inmerso en él.

Así aparecerán a lo largo del país, durante las décadas de 1950, 1960 y 1970, las poblaciones formales o informales, creadas a la sombra de estrategias institucionales (plan 20070), o como estrategias extrainstitucionales (tomas de terreno); ambas formas enmarcadas en la conflictiva relación con la institucionalidad en torno al problema dónde habitar.

Estos elementos ayudan a la observación de un sujeto, individual-colectivo, formado a partir de la ocupación y asentamiento a un entorno físico, como forma de legitimar su integración dentro de un ambiente cotidiano de socialización, donde la vivienda es considerada el factor físico que determina un lugar de establecimiento, y define su acción: el mejoramiento de su espacio local, reproduciendo los rasgos presentes en su memoria social y colectiva.

En consecuencia, al abordar a este sujeto no sólo nos topamos con parte importante del movimiento popular chileno, sino también con un actor en constante proceso de construcción de una identidad colectiva, que se articula y proyecta socialmente durante la construcción del espacio físico y social local, ambiente apto en donde se desarrollan estas experiencias (Goicovic, 1996:70).

En este punto, es interesante señalar que entendemos este elemento, la identidad, como valores que se traducen en un estilo de vida (sujeto en sí), dentro de un determinado marco espacio-temporal

* Alumna egresada de Licenciatura en Historia, Universidad de Valparaíso.

(Gallardo, 1991), que se desarrolla a la luz de principios surgidos del papel activo de sus componentes, su relación con lo cotidiano y su vinculación colectiva. Ella se entiende como una cristalización provisoria que está siendo, como un cambiante polo de identidades diferentes pero semejantes (heterogénea e individual-colectiva), en donde la experiencia es uno de los elementos que ayudan en su conformación (Romero, 1996:78).

De este modo, se define un proyecto personal y social al interior del «flujo y reflujo» de los movimientos sociales, destacando en su accionar aquella escala de valores propios elaborada (Gallardo, 1991). Se transforma en un sujeto histórico capaz de generar cambios políticos-sociales, o proyectos de cambio políticos-sociales, amparados en una utopía específica, que produce un fuerte componente cohesionador a su identidad.

En virtud de ello, se debe abordar este constructo espacial y local, desde un punto de vista físico, considerando su delimitación territorial, donde nace un determinado orden jurídico-político, un entramado de relaciones sociales; la conformación de un mercado; y, por supuesto, la reproducción de una identidad colectiva (Ternavasio, 1989).

Todos estos elementos considerados como un componente coherente de actitudes enmarcadas dentro de un discurso determinado, detentador del proyecto específico que nace en la aspiración legítima de espacio y vivienda, tópico relevante y unificador de sus componentes humanos.

VALPARAÍSO 1965-1980: UNA NUEVA EXPERIENCIA

Juan miraba su población antes de partir al extranjero; muchos recuerdos traía a su memoria, tristes y alegres. Hubiera preferido no abandonar su terruño, pero la situación económica le obligaba a dejar su «hogar».

A partir de su instalación, en 1965, la población Puertas Negras se ubicó en las alturas del cerro Playa Ancha, específicamente en el camino que va a Laguna Verde; ella fue la solución rápida para aquellas familias que abruptamente perdieron su vivienda en el transcurso de aquel año, donde los acontecimientos generaron el terreno propicio para la aplicación de diferentes alternativas gubernamentales en el espacio urbano.

Diferentes formas había empleado el Estado benefactor chileno para abordar la problemática habitacional urbana, desde que la necesidad de una vivienda obrera se convirtiera en un problema latente. Aunque Chile empleaba el modelo substitutivo de importaciones —o de desarrollo hacia adentro— en su estructura económica, y éste intentaba afianzar el proceso de aumento cualitativo en la participación democrática, la creciente conflictividad en temas reivindicativos sufrida entre Estado y los sectores denominados como marginales urbanos, precisaban una nueva orientación en el mantenimiento del aparente equilibrio político, económico y social.

Por tanto, se generaron diferentes estrategias destinadas a la creación de «modernas pautas de integración económico-sociales» (Ahumada, 1964), basadas en la creación de nuevos mercados que aceleraran el proceso industrializador nacional. En éste, se orienta la política gubernamental hacia la promoción por pequeños grupos locales, de carácter informal, que agrupaban a diferentes componentes de la sociedad nacional bajo una dirección acorde con su grado de inserción en el mercado nacional. De esta forma podemos apreciar el Plan de Promoción inaugurado en el mandato de Eduardo Frei Montalva, que dentro de su proyecto de Revolución en Libertad, buscaba integrar a vastos sectores sociales hasta entonces excluidos del proceso económico del país. Por medio de profundas reformas en la estructura interna, esperaba iniciar la movilización organizada de estos sectores tras las metas del gobierno (Riquelme, 1987:132-145).

Aunque su resultado causa controversia, la aplicación de muchas medidas adoptadas por el gobierno, dieron su fruto en esta población, interactuando con los sujetos, y por tanto, influyendo en las relaciones políticas o de poder, frente a la institucionalidad.

Gestada a partir de una vía institucional, la población Puertas Negras nace como parte de la Operación Emergencia implementada en Valparaíso luego del terremoto de 1965. De esta forma, el

movimiento telúrico, que afectó a la provincia el 28 de marzo de ese año, fue el elemento circunstancial que generó el terreno propicio donde mezclar la aplicación de estrategias habitacionales oficiales, y los intereses individuales de cada componente de este futuro cuerpo colectivo, con miras a encontrar una pronta solución al problema. Vemos así como un movimiento ayuda al nacimiento de un componente más del sujeto histórico en estudio.

Juan miraba con tristeza la vieja casona de la subida Bellavista, que había sido su hogar hasta aquel día. Desalojado de ella por una de las demostraciones del poder de la naturaleza, tenía que abandonar su techo, y trasladarse a un albergue con su familia, para mayor seguridad.

Difícil iba a resultar que un chico de 17 años como él se adaptase a su nuevo ambiente, sobre todo si sus amigos pertenecían al mundo que dejaba atrás, un mundo al cual no volvería por mucho tiempo.

La habilitación de albergues, y el traslado de los damnificados por el terremoto y los temporales de aquel año, son los pasos previos a la selección y distribución de quienes serán beneficiados para llevar a cabo los planes diseñados por el gobierno. Por ello, la ubicación definitiva de los nuevos vecinos de Playa Ancha, está antecedida por etapas previas en otros sectores aledaños al terreno escogido; desde allí, iniciarán la edificación de mediaguas, habitación característica, como punto central en el posterior desarrollo de la labor de autoconstrucción efectuada ya sobre el terreno de la futura población, perteneciente al Servicio Nacional de Salud hasta 1968.

Atrás quedaban para Juan los tensos días del Estadio. Habitar con su familia en un espacio que debían compartir con desconocidos de variadas costumbres, le habían hecho cambiar su apreciación sobre su lugar de estadía. Ya no guardaba resentimiento alguno, sino más bien una apacible espera por los resultados del trabajo que realizaban con su padre en su futura casa.

A pesar de lo complicado de trabajar construyendo el alcantarillado, veía en la cara de su «viejo» satisfacción por obtener al fin uno de sus más preciados sueños. Será por eso, que después de tantos años, hoy no desea abandonar la población, como su padre lo hizo.

La construcción de este espacio estuvo a cargo de diferentes individuos de origen principalmente urbano. Éstos se instalaron formando parte de agrupaciones no formalizadas, creadas en los lugares de albergue previo, dando forma a los grupos Victoria Montalva, Valle Verde, Enzo Pérez y Puertas Negras. En segundo término, se aprecia la posterior llegada de familias individualizadas, que se dirigieron al sector personalmente, gracias a la información prestada por un compadre, o un vecino amigo.

Ellos dan inicio al proceso fundacional, orientado principalmente a sentar las bases institucionales, sociales, y económicas para su posterior desarrollo. Debido a esto, *el mito fundacional* inaugurado en estas primeras experiencias de los diversos sujetos es un instante importante dentro de la delimitación de la identidad colectiva; en torno a ella surgen las primeras autoapreciaciones asociadas a las figuras del pionero o colono en un lugar inhóspito, como también lo es el *bautizo*, momento de gran emotividad, el acto oficial que inaugura el orden jurídico-institucional ya antes mencionado, diseñando de esta forma la futura red institucional: el andamiaje canalizador de demandas y necesidades de la población.

No hacía mucho tiempo que había comenzado la reunión cuando Juan y su padre entraron en la pieza; diferentes vecinos había entre los asistentes divisó a varios «conocidos»: el señor Muñoz, doña Irma, y los miembros de los otros grupos vecinales.

La sesión se inició con la discusión, se inició en torno al nombre que tomaría el lugar; los representantes de la operación emergencia les habían sugerido el nombre de Villa Alborada, pero la asamblea consideraba que éste no les representaba. Luego de mucho discutir, don Manuel Muñoz señaló que no sacaban nada con cambiar el nombre si hasta las micros que corrían al sector llevaban en sus letreros. Luego de discutir la decisión decidieron conservar su nombre de origen, porque, como dijo don Pablo: se sentía orgulloso de ser de Puertas Negras, y si se debía cambiar algo, no era precisamente el nombre.

En adelante, estas incipientes agrupaciones vecinales desarrollaron acciones que pretendían fabricar su entorno, mejorando su condición urbana por medio de la división básica del trabajo familiar, y la colectivización de la labor urbana. Con este punto, se dibuja claramente la acción de un cuerpo

«jurídicamente» organizado, que capta el trabajo familiar, y lo dirige hasta su transformación en una experiencia colectiva local, destinada a construir su microespacio familiar y cotidiano, que les permita generar los vínculos solidarios presente en todo nivel de relaciones sociales.

Se establecen las primeras aproximaciones entre el grupo vecinal y la «élite dirigencial» en pos de trabajos de alcantarillado, alumbrado público u otro tipo de experiencia que requiera del trabajo colectivo organizado. En este sentido, se recuerda en la memoria poblacional acontecimientos traumáticos que han generado posteriormente diversas respuestas solidarias, como la creación de una sociedad de socorros mutuos para los vecinos de mayor edad, o la recolección de fondos para quienes perdieron a sus hijos en un incendio.

La obtención de éstas y otras mejorías (teléfono comunitario en 1970), les impone asumir una apariencia de respetuosa simetría frente al Estado, ente que debe asumir, a sus ojos, la responsabilidad de considerar y responder sus demandas.

Este entramado institucional encarna la dualidad planificación-recreación, que dará paso a la conformación de diferentes instancias de socialización local entre los miembros que compusieron el núcleo originario. Uno de los nexos más visibles es el *directorio* vecinal, que en un momento asumió el papel de vocero oficial del grupo.

Por tanto, desde 1965 a 1968, podemos apreciar dos temas importantes en la planificación de la labor local. En primer lugar, las labores que se destinan a la construcción de las primeras viviendas, y todo el andamiaje en infraestructura urbana requerida; y en segundo lugar, insertar físicamente a la naciente población dentro del espacio poblacional porteño.

En ambas etapas destacan como diferentes momentos en el proceso fundacional de la población, donde la consigna *esfuerzo propio* coexiste con el rol paternalista y burocrático que asume el directorio frente a sus dirigidos, estableciendo un vínculo asimétrico en el ejercicio y toma de decisiones (¿acaso relaciones de poder?).

Con esta etapa se da término al proceso fundacional, transformándose el directorio en la Junta Vecinal N°85, en cumplimiento a la ley 16880 de 1965 y su decreto 1481 sobre la constitución de juntas de vecinos y demás organizaciones comunitarias. La J.J.VV. se oficializa como ente aglutinador de aspiraciones, símbolo de la cohesión y presencia, de la asamblea local.

En adelante, se encarga de elaborar una estructura que poco a poco toma un cariz de fuerte jerarquización, estableciéndose como nexo en el trabajo abordado por otras instancias comunitarias.

Uno de esos ejemplos son las organizaciones femeninas, que se perfilan exclusivamente a través de los centros de madres. En sí, corresponden a una continuación del trabajo femenino dentro del hogar, pero en un ambiente más propicio para el intercambio y diálogo con sus pares.

Al igual que el directorio, se convirtieron en los principales centros de difusión de las aspiraciones femeninas en torno al mejoramiento de la reproducción social; y quizás por ello fueron la principal forma en que se insertaron mayormente las mujeres en el entramado institucional: desarrollando públicamente su actividad privada frente a la actividad pública dirigencial, abordada esta última generalmente por el mundo masculino.

El ámbito recreacional fue asumido por los clubes deportivos, los agentes más efectivos al momento de realizar diversas actividades que fomentaban las distintas formas de relacionarse socialmente entre quienes conformaban la población. Por tanto, jugaron un importante papel estos grupos —capaces de concitar las expectativas deportivas poblacionales y la atracción masiva de sus seguidores— durante el proceso de consolidación de la población como ambiente cotidiano y social.

El nacimiento de ellas fue similar al del resto de las demás instituciones: las frecuentes «pichangas dominicales», dieron paso a la formación de los clubes Valle Verde, Águilas Negras y Hernán Concha, que en 1967 se fusionaron en el club Águilas del Valle, compartiendo sus triunfos y fracasos con el club Krakatoa, fundado en 1970. Sólo uno de ellos, el más antiguo, ingresa a la liga correspondiente, ampliando los ámbitos de inserción externos de la población.

Luego de 1973, se aprecia la fragmentación de esta micro-sociedad en pos de intereses particulares, no como un declive en el objetivo central planteado (espacio+vivienda), sino como un

reacomodo de las fuerzas sociales en su interior, que orientarán su participación de acuerdo a su inclusión como componentes de un cuerpo laboral determinado. También se observará esta disgregación en relación a las perspectivas femeninas, las que mantendrían las tradicionales formas de inserción y participación, como parte de su proceso de apropiación de espacios de expresión dentro de la vida local cotidiana, y nuevo soporte del núcleo familiar, apoyado en el trabajo de su comunidad femenina. Su memoria e identidad particulares seguirán asociadas al mantenimiento del hogar.

Un tercer aspecto apreciado en la nueva orientación que toman las relaciones sociales al interior de la población, lo constituye el discurso directivo, que pocas veces diferencia la institución del espacio local al cual representa. Moldea su acción en torno al núcleo social que representa, pero desde la única forma que ha conocido (relaciones inter-institucionales), lo que provocará el desentendimiento entre la dirigencia poblacional y la asamblea popular.

Los partidos de fútbol eran para Juan y Esteban parte de su vida; desde jóvenes habían participado en los campeonatos en los que el club había jugado, pero ahora esta vieja pasión ya no lo «llenaba» tanto. La gente ya no iba a verlos con la misma frecuencia, ni siquiera asistían a las reuniones de la «junta». Su padre era uno de los pocos viejos tercios que quedaban. Por otro lado su compinche, Esteban, se había exiliado después del golpe, y para variar, la pega no era lo que él deseaba. Quizás por eso se entusiasmó con el viaje a Suecia; centraba en él sus esperanzas de un mejor vivir.

El surgimiento de un mercado interno es uno de los aspectos que conserva la mayoría de los rasgos originales al interior de la población. Los vínculos establecidos por medio de los lazos de solidaridad no sólo encontraron su típica expresión en la construcción externa de su entorno, sino también en las formas en que se establecerían las relaciones sociales entre los constructores de este ente colectivo, y las características que asumiría sus rasgos identitarios. Entonces, podemos observar en él otras manifestaciones del trabajo colectivo, a través del intento de mejorar la reproducción social; aquí apreciamos en la libre inventiva de los nuevos moradores la creación de espacios de intercambio de bienes materiales, y de diversas formas clásicas de socialización como el compadrazgo, que desde una escala inferior se aplica en la nueva organización que le rodea.

Los «negocios y verdulerías» establecen un interesante ámbito de encuentro, complementario al ya abordado, en donde las «copuchas y chismes» le entregan un cariz muy especial a esta manifestación específica de su experiencia cotidiana, en la constante construcción de sus rasgos identitarios.

Las diversas perspectivas dibujadas en este breve trabajo a partir del estudio efectuado en la población Puertas Negras, entregan algunos elementos interesantes dentro de este nuevo campo de estudio, que en relación con las diferentes experiencias locales y nacionales pueden dar señales destacadas sobre el poblador como sujeto histórico.

PALABRAS FINALES

El nacimiento y desarrollo de un actor social específico ha sido la línea básica de este trabajo; por tanto hemos precisado a este sujeto histórico a partir de una identidad individual y colectiva, que ha definido un proyecto propio en torno a sus relaciones cotidianas con el resto del cuerpo social del que forma parte, por tanto, con el movimiento popular urbano chileno, entendido éste como las articulaciones de sus diferentes actores.

Así, Puertas Negras ha sido el caso en el cual hemos podido apreciar la interacción de algunos de los elementos o variables explicados aquí en grandes líneas, como el caso desde donde podemos observar la conjunción del discurso poblacional y su práctica.

En este sentido, distinguimos una primera etapa (1965-1973), en que se aprecia un proceso de construcción y transformación del entorno físico a través de su estrategia social particular, que a nivel nacional se manifiesta como espacio+vivienda=movilización colectiva; el que da paso a un proceso de reacomodo social (1973-1980), relacionado con la nueva estrategia gubernamental estrenada por el gobierno militar, radicalmente opuesta a las antes observadas, que a nivel nacional se manifiesta como integración socioeconómica versus marginación económico social+represión.

De este modo, el microespacio poblacional sólo es una de las pequeñas células que constituyen el amplio espectro de los movimientos sociales, cuya constante ebullición sólo expresa las transformaciones esenciales que las fuerzas sociales han dado a sus proyectos particulares.

Entonces, la diferencia radica en que Juan vive en Puertas Negras, y no en otro lugar.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AHUMADA, JORGE: *En vez de la miseria*. Editorial del Pacífico S. A., Santiago (cuarta edición), 1964.
- ESPINOZA, VICENTE: «Tiempos cortos y tiempos largos en el movimiento poblacional». *Proposiciones* N°24, Ediciones SUR, Santiago, 1994.
- GALLARDO, HELIO: «Notas para contribuir a una discusión sobre nuevos actores sociales». *Pasos* N°36, DEI, San José de Costa Rica, 1991.
- GOICOVIC, IGOR: «Movimientos sociales en la encrucijada. Entre la integración y la ruptura». *Última Década* N°5, Ediciones CIDPA, Viña del Mar, 1996.
- GÓMEZ, JUAN CARLOS: «Las poblaciones callampas: Una expresión de la lucha social de los pobres. Santiago 1930-1960». *Serie de Estado Social* N°60. FLACSO, Santiago, 1994.
- ILLANES, MARÍA ANGÉLICA: «La cuestión de la identidad y la historiografía social popular». En MARIO GARCÉS (coordinador): «Historias locales y democratización local». ECO, Santiago, 1993.
- RIQUELME, ALFREDO: «Promoción popular y la educación para la participación: 1964-1970». *Proposiciones* N°15, Ediciones SUR, Santiago, 1987.
- ROMERO, LUIS ALBERTO: «La identidad de los sectores populares en el Buenos Aires de la entreguerra (1920-1945)». *Última Década* N°5, Ediciones CIDPA, Viña del Mar, 1996.
- TERNAVASIO, MARCELA: «Reflexión para la construcción histórica del espacio local». *Cuadernos del CLAEH* N°51, CLAEH, Montevideo, 1989.